

# No todos los indios eran mexicas: la visión de Cristóbal del Castillo

Federico Navarrete\*

Cualquier discusión sobre la mexicanidad es, necesariamente, una discusión mítica. La mexicanidad es un mito porque su principal contenido es de orden simbólico: significa una identidad nacional, una cultura, la legitimidad de un estado. Claro que todas estas cosas existen por sí solas, pero la idea y los símbolos de la mexicanidad nos permiten darles una coherencia y un sentido particular. La mexicanidad sirve para unificar la contradictoria y disímil historia de todos los hombres y todos los grupos a los que, por suerte y por desgracia, nos ha tocado vivir dentro de las fronteras de los Estados Unidos Mexicanos (y últimamente a muchos que se han ido a vivir al norte de las mismas). La mexicanidad sostiene que todos tenemos una esencia común, derivada de nuestro origen prehispánico, específicamente mexica. La mexicanidad establece un linaje que justifica nuestra posesión de un territorio y de una cultura. Como cualquier buen mito, la mexicanidad nos remite al pasado para explicarnos el presente.

En el universo del mito nada es lo que parece. Cada imagen, cada palabra, cada objeto, cada persona trae consigo un fantasma. Todo existe en el mito porque significa algo más. Esto es algo que nos enseñó Roland Barthes,<sup>1</sup> y él también nos enseñó que muchas veces el propósito

del mito es ocultar, o mistificar, justamente el mensaje que está transmitiendo. El mito no dice las cosas directamente, las dice de una manera aviesa y ligeramente traicionera.

Por eso, el autor que me ocupa, el historiador náhuatl Cristóbal del Castillo, utilizó una obra histórica para presentar una interpretación mítica del pasado. Debido a ello, para desentrañar su visión mítica hay que analizar primero sus argumentos históricos.

Pero esto no significa, a mi modo de entender, que debamos elegir entre unos y otros, entre la “verdad” y el “mito”. Para empezar, el mito es inatacable desde esta perspectiva. Las investigaciones recientes, arqueológicas e históricas, sobre los mexicas reales, nos han enseñado mucho sobre esa tribu y su pasado, pero no han modificado realmente la imagen mítica de la mexicanidad. Los “mexicas” del mito viven en un mundo diferente: no son la encarnación de lo que fueron realmente los mexicas, son la encarnación de lo que se supone que los mexicanos queremos ser (una raza orgullosa, un pueblo independiente y unificado, belicoso y triunfante). Por ello, la única manera en que la historia puede influir en el mito es atacándolo en sus propios términos y erigiéndose ella misma en un mito alternativo.

He usado la palabra atacar, porque tal era el propósito de Cristóbal del Castillo cuando escribió sus historias a finales del siglo XVI. Por ello,

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

en esta ocasión, romperé las reglas del discurso mítico y definiré su objetivo de una vez.

Cristóbal del Castillo escribió una historia del valle de México con el propósito de oponerse a los mexicas y demostrar su carácter advenedizo y violento. En contra de ellos buscaba reivindicar a los otros pueblos indígenas de la región. Quería convencer a sus lectores, indígenas y frailes, que la dominación mexica había sido un periodo breve de la historia indígena, un periodo demoniaco, y que no debía ocultar la existencia de un periodo anterior más benigno. Quería recordar a propios y extraños que no todos los indios eran mexicas.

Desgraciadamente, la mayor parte de la obra de Cristóbal del Castillo desapareció a principios del siglo XIX. Conocemos únicamente fragmentos que equivalen a la quinta parte. Es en ellos que baso mi interpretación. Seguramente el resto de la obra serviría para matizarla y complicarla, pero espero que no la invalidaría.

### ¿Quién era Cristóbal del Castillo?

Cristóbal del Castillo nació en la primera mitad del siglo XVI. Probablemente su padre era español, de ahí su nombre, pero él creció entre los indígenas; de este modo, su cultura era la náhuatl (como le sucedió a otro mestizo, tlaxcalteca, Diego Muñoz Camargo). También podemos suponer que Del Castillo estudió con los religiosos españoles, pues ésta parece ser la única manera en que pudo haber aprendido la escritura y los otros elementos de cultura europea que le permitieron escribir su libro. No sabemos nada más, pues nuestro autor era singularmente discreto sobre su persona y no era lo suficientemente rico o poderoso como para merecer que otros escribieran sobre él.

Hacia el final de su vida, que seguramente no estuvo ausente de conmociones, este hombre decidió escribir una historia. Escuchemos cómo se describe a sí mismo:

Y yo soy un necesitado, un pobrecito, le provocho asco a la gente, sólo causo compasión [a los que están] cerca de mi miseria.

Allá en los montes y en los hierbazales vivo buscando lo que necesito, sólo de esta forma voy cumpliendo mi trabajo. Y a los que sepan esto, en verdad los haré llorar, les causaré compasión, estarán tristes por mí, y por eso se animarán a darme crédito, para compadecerme, para consolarme. [...] Porque ya no soy joven, ya me hice grande, ya envejecí, ya no gano fuerzas; y ya tampoco se muestra mi vista, se ha cansado mucho; y también ha desfallecido mi existencia humana, mi vida; y se ha cansado y ha desfallecido mi carne terrenal. Pero él, Nuestro Señor Dios, me fortaleció para que dispusiera todas las cosas que están escritas aquí.<sup>2</sup>

El que un hombre de tan escasos medios escriba una historia es tan milagroso como él mismo nos lo dice. Un buen detective debe saber que nadie sacrifica nada en vano, que a un esfuerzo descomunal corresponde una ambición singular.

### Una historia verdadera

Para entender las motivaciones de Cristóbal del Castillo, se le puede comparar con otro anciano, que vivía en Guatemala y que tenía un nombre parecido: Bernal Díaz del Castillo. Este autor leyó la historia de la conquista escrita por Francisco López de Gómara, secretario de Hernán Cortés, y se indignó ante la inexacta y culterana presentación de los sucesos. Esta indignación despertó en él la necesidad de dar su propia versión. El resultado fue *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, que pretendía corregir y aumentar la versión de Gómara. El prólogo de Bernal es sorprendentemente parecido al de nuestro autor:

[...] yo como no soy latino, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo de ello [...] mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra, y porque yo soy

viejo de más de ochenta y cuatro años, y he perdido la vista y el oír, y por ventura no tengo otra cosa que dejar a mis hijos y descendientes, salvo ésta mi verdadera y notable relación [...]»<sup>3</sup>

Cristóbal del Castillo también busca conservar una memoria que está en peligro de perderse:

Porque no todas las personas lo saben, y ya en ninguna parte viven, ni existen, ni son hombres. Y también, cuando en el tiempo de quienes vivan y se hagan hombres se vaya a buscar, no será conocido cómo sucedió. Porque aquellas personas antiguas frente a quienes, y en cuyo tiempo, sucedió ya perecieron; ya murieron los que vieron y admiraron todas las cosas que en sus tiempos sucedieron. Y ya no existen porque ya fueron a Ximohuayan, ya los guardó Nuestro Señor Dios.<sup>4</sup>

Ambos, sin duda, exageran sus privaciones, siguiendo las convenciones propias de la retórica. Ambos buscan, en revancha, la justicia de la memoria. Ante los emergentes mitos oficiales, del poderoso Cortés y el letrado Gómara, o de la nobleza indígena y la naciente intelectualidad criolla, ambos quieren conservar una versión diferente, más humilde y más justa con los pequeños hombres.

## Los mexicas

Pese a sus intenciones heterodoxas, la obra de Cristóbal del Castillo empieza con el relato de la peregrinación mexicana, es decir, de una manera similar a la mayoría de las obras históricas del momento consagradas a la historia precortesiana, ya fueran indias o españolas.

Según Del Castillo, los mexicas, o mexitin, vivían miserablemente en Aztlán (donde eran macehuales de los aztecas) y su líder era Huitzilótopch, sacerdote del gran dios Tetzauhtéotl. Al ver la miseria de su pueblo, el dirigente pide al dios que los lleve a otro lugar. El dios accede y

se establece un pacto: el dios guiará y protegerá a los mexicas hasta una tierra prometida, a cambio de que ellos hagan la guerra, tomen prisioneros y los sacrifiquen en su honor.

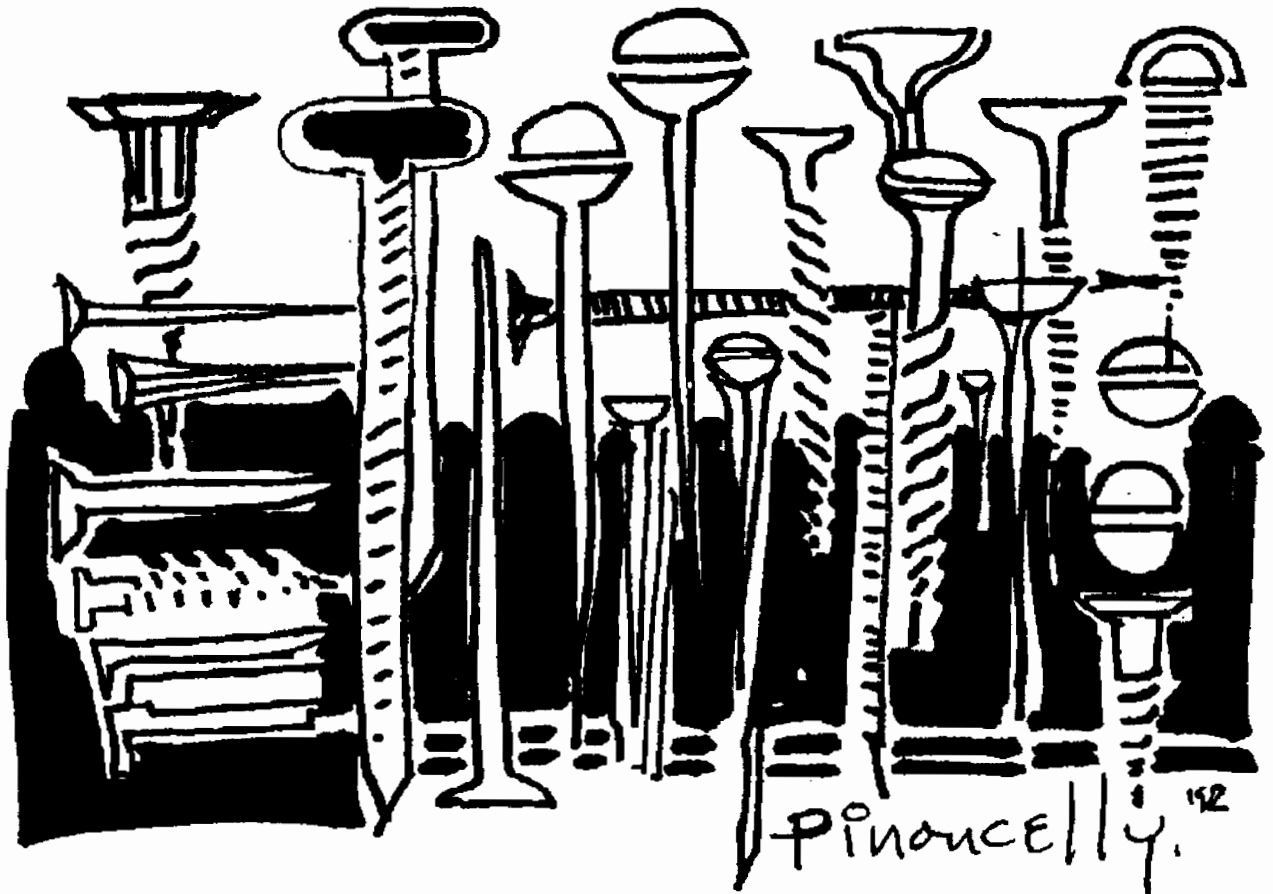
El autor expone esta parte de su historia con una claridad singular, a través de una serie de discursos intercambiados entre el hombre Huitzilótopch y el dios Tetzauhtéotl. El afán sistematizador es tal que el discurso en que el dios enumera sus condiciones está organizado en forma de una lista numerada:

Primera cosa: aquello que recibiréis en vuestro corazón será la calidad de las águilas, la calidad de los ocelotes, el agua divina y la hoguera, la flecha y la rodela. De eso iréis viviendo, de eso obtendréis lo necesario, pues iréis provocando mucho espanto [y] el pago de vuestros pechos y vuestros corazones será que iréis conquistando, iréis atacando y arrasando a todos los macehuales, los pobladores que ya están allá, en todos los lugares por los que pasaréis.

Y a vuestros prisioneros de guerra, a los que haréis cautivos, les abriréis el pecho sobre la piedra de sacrificio, con el pederal de un cuchillo de obsidiana. Y haréis ofrenda de sus corazones hacia el [Sol] de movimiento [...]. Y comeréis su carne, sin sal, sólo pondréis muy poca en una olla donde se cuece el maíz, para comerla.<sup>5</sup>

Hasta este momento, la historia no se aparta de las demás historias sobre los mexicas. Las primeras divergencias surgen al narrar la migración propiamente dicha. Mientras las fuentes mexicas (desde la *Tira de la peregrinación* y los códices *Aubin* y *Azcatitlan*, hasta la *Crónica mexicáyotl* de Tezozómoc)<sup>6</sup> narran múltiples incidentes, como el episodio del árbol rajado, el sacrificio de los mimixcoas, el abandono de los tarascos, la rebelión y el castigo en Coatépec; Del Castillo no menciona ninguno de ellos. Al respecto sólo se limita a confesar su ignorancia.

Por eso no alargaremos mucho esta historia, sólo la completaremos con todos los lugares que vinieron conquistando los mexitin, que están



escritos en el malacate de piedra circular, la piedra de rayamiento, que está junto a la Iglesia Mayor de México.

Aquel que está primero, de pie, que tiene [al otro] por el cabello, es la imagen de los mecitin, y el otro hombre que está arriba, inclinado, ése es el poblador de los lugares que fueron conquistados, que es hecho cautivo. Allá está grabado sobre la piedra el nombre de cada población; en cada punto está esculpido, por todas partes alrededor del lomo de la piedra discoidal. Y ya nadie sabe los que [eran] los nombres de nuestros lugares, pues en verdad han muerto todos los ancianos que sabían las historias de la escritura de la piedra.<sup>7</sup>

Esta frase resulta sorprendente. Para empezar, el autor admite que es incapaz de leer la escritura jeroglífica de los códices y las inscripciones. Para continuar, hace referencia a una piedra esculpida, la piedra de Tízoc, que no describe los sucesos de la migración, sino las supuestas conquistas de este tlatoani (realizadas mucho tiempo después, a finales del siglo XV). Finalmente, hace referencia a los poblados arrasados por los mexicas y los llama “nuestros”,<sup>8</sup> al mismo tiempo que confiesa que no conoce sus nombres.

Éste es el punto central de la parte conocida de la obra, pues es el punto en que Cristóbal del Castillo se deslinda definitivamente de los mexicas. El siguiente pasaje es muy explícito:

Y él, el tlacatecólótl de los mecitin, enseñó lo que no es bueno, lo que no es recto, pues enseñó la enemistad, el combate, el sacrificio humano, el canibalismo. Y todas las cosas que ordenó su *tlacatecólótl* a los mecitin, no eran buenas, no eran rectas, eran espantosas, eran temibles. No las conocían todos los diversos pueblos que habían venido a poblar primero, los que merecieron tierras primeramente por doquier en las poblaciones. Y los distintos herederos, las generaciones de estos antiguos pueblos, se multiplicaron por todas partes.

Y en todas las poblaciones una parte pereció, y otras viven, y en sus poblaciones todavía ahora viven, están repartidos allá donde heredaron.<sup>9</sup>

## La lucha contra el olvido

Estos pasajes despiertan más incógnitas de las que resuelven. Si Cristóbal del Castillo pertenecía a otro pueblo que no fuera mexica, ¿porque no reivindica su origen? Así lo hacían los historiadores indígenas de la época, quienes solían comenzar sus historias con una clara declaración de su origen personal y del origen de la tradición que recogían.

La pertenencia a un pueblo específico era fundamental para los historiadores indígenas de la época, porque significaba su pertenencia a una tradición histórica constituida. La tradición histórica de cada pueblo era particularista y exclusiva: se refería a su pasado específico y servía para defender su autonomía política, su posesión de un cierto territorio, su continuidad y su identidad. Estos discursos eran tan importantes que no circulaban libremente sino que se conservaban en el seno de la comunidad, o más bien, de la clase privilegiada de la comunidad. A estas tradiciones se refieren claramente tanto Tezozómoc como Chimalpahin, pues sus palabras pretenden ser la continuación de las palabras de sus antepasados.

En contraste, Cristóbal del Castillo no pretende continuar ningún discurso ya existente. Probablemente no es heredero de ninguna tradición viva, pues la reivindicaría como garante de la verdad de su discurso. Su tradición parece haber desaparecido, junto con los pueblos que la sostenían. Podría aventurarse que los antepasados de Cristóbal del Castillo pertenecían a los poblados que fueron destruidos por los conquistadores mexicas. De hecho, es sabido que los mexicas se repartieron a buena parte de las tierras y los pobladores del antiguo dominio tepaneca, destruyendo sus comunidades y reduciéndolos a la triste condición de *mayerques*, es decir, poseedores de manos, o labradores sin tierras. Esto no significa, sin embargo, que Cris-

tóbal del Castillo fuera necesariamente tepaneca, pues también otros pueblos fueron sometidos de esta manera.

## Las “eras”

En la segunda parte de su historia, al iniciar su narración de la conquista española, nuestro autor se refiere a ella de la siguiente manera:

[...] todas las cosas escritas en este libro son el fin, la destrucción, la terminación del ser de los mexicas, desde que se extendió el agua divina, la hoguera, hasta que los conquistó el capitán Hernando Cortés, Marqués del Valle, cuando él introdujo, hizo entrar por primera vez a Mexico-Tenochtitlan, de modo que entró, la divina luz, el divino resplandor solar de Nuestro Señor, el único Dios, Jesucristo.<sup>10</sup>

Quiero detenerme en dos detalles de esta cita. Para empezar, Cristóbal del Castillo, como buen cristiano, define a la conquista en términos religiosos: la llegada de la verdadera religión, el inicio de una nueva era. En *La colonización del imaginario*, Serge Gruzinski<sup>11</sup> ha discutido la manera en que esta concepción mítica cristiana (la división entre la era pagana y la era cristiana) fue impuesta a los propios indios, aunque yo propondría que la idea de las eras históricas en sucesión lineal era parte integral de la concepción indígena de la historia.

El segundo detalle de la cita es la descripción de lo que existía antes de la conquista: “el ser de los mexica”, *in mexica yeliztli*. Cuando hice la traducción de este fragmento encontré que la palabra *yeliztli* (*ser* más el sufijo abstracto *liztli*, que sirve para convertir verbos en sustantivos) se usaba para describir el modo de vivir de un animal. Haciendo una extrapolación podríamos decir que *in mexica yeliztli* es la “cultura de los mexica”, que fue destruida en 1521. ¿Cuál era esa cultura? Precisamente la que el mismo Cristóbal del Castillo describe en la primera par-

te de sus historias: la de la guerra, la conquista, el sacrificio y el canibalismo.

Antes de la “época mexica”, según su argumento, existía una mejor cultura:

los que habían poblado por doquier, no eran comedores de carne humana. Lo que ofrendaban ante los que eran sus dioses era sólo la sangre de los animales; y la ofrenda que superaba [a las demás], la gran ofrenda, [era cuando] degollaban codornices ante los que eran sus falsos dioses. Porque en ningún lugar estaba extendida la guerra, el combate, en ninguna parte se habían levantado mojoneras, simplemente toda la gente estaba repartida en la tierra que había merecido.<sup>12</sup>

De esta manera, Del Castillo establece una división de la historia indígena en tres eras:

- Periodo indígena original, sin idolatría ni canibalismo
- Periodo mexica, idolátrico y caníbal
- Periodo cristiano

Con ella busca exonerar a los demás pueblos indígenas de los excesos de los mexicas y establecer su inocencia, pues desde un punto de vista cristiano, hay una gran diferencia entre adorar “falsos dioses” y seguir al “demonio”, entre matar pajaritos y matar personas. Del Castillo purifica, desde una perspectiva cristiana, el pasado prehispánico más remoto, para condenar mejor la dominación mexica.

Ideas parecidas fueron desarrolladas por otros indígenas, también de origen humilde, como los principales de Coatepec, que respondieron a las preguntas de las *Relaciones geográficas* encargadas por Felipe II.<sup>13</sup>

La demonización de Huitzilopochtli, el dios tutelar de los mexicas, tampoco es idea exclusiva de Cristóbal del Castillo,<sup>14</sup> pues también Tezozómoc la utiliza para disculpar a los propios mexicas de las faltas asociadas a sus aficiones rituales y dietéticas. Sin embargo, me parece que la condena en el caso de Del Castillo es más radical y no busca exonerar al pueblo mexica.

Un detalle resulta interesante: cuando el hombre Huitzilótoph llama al dios Tetzauhtéotl, es él quien menciona por primera vez el sacrificio humano y lo propone al dios:

Siempre hemos hecho ofrenda ante ti de nuestra sangre, y de la sangre de todos los animales que habitan en el agua y de los que vuelan; y donde capturemos a otro grupo de hombres como nosotros, te ofrecemos su sangre y su corazón.<sup>15</sup>

### El pasado desde el presente

Conviene detenerse en este argumento central de Cristóbal del Castillo para poder examinar con detalle cómo funciona la historia cuando se hace mito.

Desde luego que la evidencia arqueológica moderna se opone a la afirmación de que los mexicas fueron quienes iniciaron el sacrificio humano: está más que probado que todos los pueblos mesoamericanos se dedicaron con entusiasmo a tan “edificantes” actividades. Por otra parte, tanto propios como extraños reconocían que los mexicas habían llevado el arte del sacrificio a su cumbre. El propio Tezozómoc se regodea en descripciones escandalosas de las inmensas matas chinas organizadas para inaugurar las distintas remodelaciones del Templo Mayor.

Este regodeo de los mexicas en el sacrificio tenía varios usos. En primer lugar, ayudaba a cimentar su carisma y su capacidad de imponer su dominio sobre otros pueblos mediante el terror. Cualquiera temblaba ante las amenazas mexicas de matar y comer a todos los habitantes de una población, porque sabía que tenían mucho de ciertas.

Por otra parte, correspondía a una división simbólica del trabajo que existía entre los pueblos del valle de México. Según ésta, cada pueblo tenía una especialidad cósmica que dictaba el papel que debía desempeñar frente a los demás: así, los texcocanos eran inteligentes y sabios; los otomíes eran sexuales; los tepanecas eran prósperos y los mexicas, guerreros y sacrificadores. Claro que los otomíes también pensa-

ban, los mexicas también hacían el amor y los texcocanos no eran malos en la guerra, pero la caracterización establecía una asociación simbólica muy poderosa entre los pueblos y su “especialidad”.

Si los mexicas eran, según ellos mismos, los sacrificadores por excelencia, era lógico deducir, como Del Castillo, que ellos mismos habían inventado el sacrificio. Una característica simbólica del presente se proyectaba al pasado. Como todas las historias acerca del origen, la de nuestro autor ofrece una explicación *a posteriori*.

Esto no debe extrañarnos: los historiadores y antropólogos modernos hacen proyecciones similares cuando buscan orígenes tan elusivos como el del estado o las desigualdades sociales, y reconstruyen una “historia” pasada a partir de hechos observados en el presente.

### El combate por el pasado

Ahora llegamos a las preguntas finales y fundamentales. ¿Por qué atacaba Cristóbal del Castillo a los mexicas? ¿Por qué sentía la necesidad de hacerlo más de setenta años después de que habían sido destruidos por la conquista española?

Porque Cristóbal del Castillo, como buen mitólogo, libraba en el pasado las guerras del presente. Lo que pretendía era terminar con el dominio de los mexicas sobre la historia. Y ese dominio, lejos de disiparse con su derrota, parecía fortalecerse con el tiempo. Lo que quería salvar del olvido era la existencia de otros pueblos y la vigencia de sus derechos. Lo que quería era recordarnos algo que, de tan obvio, parecemos haber olvidado: no todos los indios eran mexicas.

¿A qué fuerzas se enfrentaba nuestro autor? Por un lado a Tezozómoc y otros historiadores indígenas de la alta nobleza que defendían el desaparecido dominio imperial mexicana para fortalecer su posición política y social dentro de la Nueva España. Según el régimen señorial español, las glorias de los antepasados de los nobles indígenas (aunque fueran idólatras) eran garantía de los privilegios de sus descendientes en el presente.



Pero el enemigo más poderoso, y el que eventualmente se impuso, era otro: los propios españoles y sus hijos los criollos. Desde la conquista, los españoles se beneficiaron de la centralización impuesta por los mexicas y la acentuaron: era más fácil decapitar un imperio y ponerle una nueva cabeza que construirlo de la nada. Los propios mexicas se dieron cuenta de ello, como demuestra el siguiente fragmento de las *Cartas de relación* de Cortés, que describe los últimos días del sitio:

Los mexicas, como veían tanto estrago, por esforzarse decían a nuestros amigos indígenas que no hiciesen sino quemar y destruir [su ciudad], que la tornarían a hacer de nuevo. Porque si ellos [los mexicas] eran vencedores, ya los demás sabían que había de ser así; y si no, que las habían de hacer para nosotros [los españoles].<sup>16</sup>

El centro político de Mesoamérica era México y los españoles se dieron cuenta de ello; de ahí su particular interés por rescatar la historia mexica sobre las de los otros pueblos; ¿de quién hablan, si no, las obras de Olmos, Durán y tantos otros?

Más tarde, los criollos buscaron un antecedente histórico a un eventual estado mexicano centralizado y los mexicas les vinieron como anillo al dedo. Habían sido poderosos, habían dominado un territorio muy vasto, y, sobre todo, habían sido vencidos y ya no representaban una amenaza, a diferencia de otros pueblos indígenas. La reivindicación de los mexicas, como ha señalado David Brading,<sup>17</sup> es un fenómeno impulsado por las élites criollas. De hecho, esta apropiación criolla del pasado indígena fue posible básicamente porque los indios en México no constituían una amenaza a la hegemonía criolla, como sí lo eran en Perú.

Un indio viejo, sin pueblo ni riquezas, no podía enfrentarse a estas fuerzas, que se impusieron no porque tuvieran la razón, sino porque te-

nían el poder. Sus propias historias, irónicamente, fueron leídas posteriormente como una obra mexica y como una manifestación de la ideología militarista de ese pueblo. El axioma ideológico criollo de que los mexicas eran los indios, triunfó sobre el mensaje opuesto que quería dar nuestro autor.

¿Qué significación puede tener el vano combate de Cristóbal del Castillo casi cuatro siglos después de que se libró? Hace cien años, Ernest Renan decía: “El olvido de la historia y aun los errores históricos son un factor esencial en la formación de una nación.” La asociación entre la mexicanidad y los mexicas es un ejemplo muy claro de esto.

En primer lugar, reivindicar a los mexicas es como reivindicar a nuestros policías judiciales: su régimen estaba basado en el terror y en la violencia, por eso mismo resultó tan débil que fue incapaz de resistir el embate de los españoles. Los mexicas no se impusieron porque fueran los más avanzados o los más inteligentes, sino porque eran los más violentos.

En el presente, la reivindicación de los mexicas ha servido para justificar el centralismo y la imposición de una identidad cultural monolítica sobre la riquísima diversidad del país. En demasiadas ocasiones, la reivindicación de los mexicas (los indios muertos) ha servido para enmascarar la explotación y la agresión a los indios vivos.

Por ello, desde la subjetividad del presente, que es la que define el valor mítico del pasado, puedo afirmar que los mexicas eran la encarnación de características que creo que nuestro país debe evitar: el militarismo, la violencia, la agresión.

Frente al mito monolítico que quiere que todo lo mexicano se asimile a lo mexica, Cristóbal del Castillo defendía una tradición más plural y tolerante: la de los diferentes pueblos, que hablaban diferentes idiomas y convivían pacíficamente. Nos quería recordar que no todos los indios eran mexicas. Ese recordatorio sigue siendo válido y necesario en nuestros días.

## Notas

<sup>1</sup> Roland Barthes, *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1980.

<sup>2</sup> *Historia de la conquista*, "Prólogo", en Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos e historia de la conquista*, traducción y estudio introductorio de Federico Navarrete Linares, México, INAH (Colección Divulgación), 1991, pp. 165-167. Las siguientes referencias a Cristóbal del Castillo son siempre de esta edición.

<sup>3</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1942, vol. I, p. 37.

<sup>4</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la conquista*, "Prólogo", pp. 163-165.

<sup>5</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos...*, *op. cit.*, cap. 2, pp. 125-127.

<sup>6</sup> *Códice Boturini*, México, Secretaría de Educación Pública (Col. de documentos conmemorativos del DCL aniversario de la fundación de Tenochtitlan), 1975; *Códex Azcatitlan*, París, Bibliothèque National de France/Société des Americanistes, 1995; *Códice Aubin. Manuscrito azteca de la Biblioteca Real de Berlín*, Charles Dibble (trad.), Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas (Colección Chimalistac, 16), 1963; Fernando Tezozómoc Alvarado, *Crónica mexicáyotl*, México, UNAM-IIH (Primera Serie Prehispánica, 3), 1992 [1949].

<sup>7</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos...*, *op. cit.*, cap. 3, pp. 135-137.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 137-139.

<sup>9</sup> Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin, *Octava relación*, José Rubén Romero (trad.), México, UNAM-IIH (Serie de Cultura Náhuatl, Fuentes, 8), 1983.

<sup>10</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la conquista*, *op. cit.*, "Prólogo," pp. 163.

<sup>11</sup> Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 77-103.

<sup>12</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos...*, *op. cit.*, cap. 3, pp. 137-139.

<sup>13</sup> "Relación geográfica de Coatepec", en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, René Acuña (ed.), México, UNAM-IIA, 1986, vol. 6, t. 1, pp. 129-155.

<sup>14</sup> Véase Rubén Romero Galván, "La *Crónica Mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc. Manifestation d'une conscience de peuple conquis chez un auteur indigène du XVIème siècle", Tesis de doctorado presentada en la Universidad de París, 1982.

<sup>15</sup> Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos...*, *op. cit.*, cap. 2, p. 123.

<sup>16</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1988 [1960], p. 155.

<sup>17</sup> David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Ediciones Era, 1980, pp. 41-42.

